

EL CATALANISMO EN LA HORA DEL IMPERIALISMO. UN ESTUDIO EXCEPCIONAL SOBRE LA PROYECCIÓN HISPÁNICA DEL NACIONALISMO *LLIGAIRE*

Catalinism in the times of Imperialism. An exceptional study on the Hispanic influence of the Lliga's nationalism

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA
CSIC

Fecha de aceptación definitiva: diciembre 2005

RESUMEN: Una breve referencia al debate suscitado desde hace veinticinco años sobre las pretendidas limitaciones de la historiografía catalana en su estudio del hecho nacional autóctono y sus relaciones con el Estado español sirve de introducción a la crítica de la última obra de Enric Ucelay-Da Cal, que trata de ser analizada a la luz de los conceptos, tomados de la nueva historia cultural, que pretenden vertebrar su trabajo: la metáfora, el juego y el mito, que han ido articulando y definiendo el concepto clave de imperio, cuyas diversas lecturas culturales y políticas en la escena internacional y peninsular constituyen la parte central de su ensayo.

Palabras clave: Historia contemporánea, España, Cataluña, nacionalismo, imperialismo, historiografía

ABSTRACT: After a short review of the debate carried out in the last twenty-five years over the supposed limitations of the current historiography in the study of the Catalan nationalism and his relationship with the Spanish state, this article try to analyse the last work of Enric Ucelay-Da Cal. To fulfil it, we will use some con-

cepts borrowed from the new cultural history, like metaphor, game and myth, and evaluate the way that they have created and defined the key concept of empire, whose different cultural and political interpretations in the international and peninsular scenes are the main subject of Ucelay's essay.

Keywords: Contemporary History, Spain, Catalonia, nationalism, imperialism, historiography

ENRIC UCELAY-DA CAL, EL IMPERIALISMO CATALÁN. PRAT DE LA RIBA, CAMBÓ, D'ORS Y LA CONQUISTA MORAL DE ESPAÑA, BARCELONA, EDHASA, 2003, 1097 PÁGS.

A pesar de que algunos colegas aún se empeñan en ignorarlo, la producción historiográfica sobre el nacionalismo catalán ha alcanzado tal desarrollo cuantitativo y tal densidad analítica que se precisa un alto nivel de especialización y de competencia profesional para dominar, siquiera someramente, los debates sociales, políticos y culturales más candentes¹. Hace pocos años todavía se podía afirmar en una prestigiosa *Historia de España* que «el estudio de los nacionalismos ha constituido en los últimos años una vía de investigación y de reflexión progresivamente renovada y actualizada», para luego abstenerse de citar una sola obra en catalán sobre la cuestión, y «evaluar» de segunda mano las obras doctrinales del primer catalanismo por la vía interpuesta del inevitable don Jesús Pabón².

1. Sobre los orígenes del catalanismo, y sin pretensión alguna de exhaustividad, merecen citarse desde mediados de los ochenta obras como las de NADAL, J., *et alii: El memorial de Greuges i el catalanisme polític*. Barcelona: Edicions de la Magrana, 1986; TERMES, J., *et alii: Catalanisme: història, política i cultura*. Barcelona: L'Avenç, 1986; BALCELLS, A. (ed.), *El pensament polític català, del segle XVIII a mitjans segle XX*. Barcelona: Eds. 62, 1988; CASASSAS I YMBERT, J.: *Intel.lectuals, professionals i polítics a la Catalunya contemporània (1850-1920). Estudis sobre les bases culturals i estratègiques del catalanisme*. Barcelona: Amelia Romero, 1989; FIGUERES I ARTIGAS, J. M.: *Valentí Almirall, forjador del catalanisme polític*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, 1990; TERMES, J. y COLOMINES, A.: *Les Bases de Manresa de 1892 i els orígens del catalanisme*. Barcelona: Entitat Autònoma del Diari Oficial i de Publicacions de la Generalitat de Catalunya, 1992; FRADERA, J. M.: *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868)*. Barcelona: Curial, 1992; LLORENS I VILA, J.: *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític: dels orígens a la presidència del Dr. Martí i Julià, 1891-1903*. Barcelona: Abadía de Montserrat, 1992; BALCELLS, A.: *Història del nacionalisme català dels orígens al temps present*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, 1992; TOMÁS, M.: *La jove Catalunya: Antologia*. Barcelona: Edicions de la Magrana, 1992; COLOMINAS COMPANYYS, A.: *El catalanisme i l'Estat: la lluita parlamentària per l'autonomia, 1898-1917*. Barcelona: Abadía de Montserrat, 1993; MARFANY, J.-L.: *La cultura del catalanisme: el nacionalisme català en els seus inicis*. Barcelona: Empúries, 1995; ANGUERA, P.: *et alii. El catalanisme conservador*. Girona: Cercle d'estudis històrics i socials, 1996 y *El catalanisme d'esqueres*. Girona: Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1997; ANGUERA, P.: *Els precedents del catalanisme: catalanitat i anticentralisme, 1808-1868*, Barcelona, Empúries, 2000; RIQUER I PERMANYER, B. de: *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*. Barcelona: Eumo, 2000 y *Escolta, Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*. Madrid: Marcial Pons, 2001, y ALBAREDA, J. (ed.): *Del patriotisme al catalanisme: societat y política (segles XVI-XIX)*. Vic: Eumo, 2001.

2. ESPADAS BURGOS, M.: «Del regionalismo al nacionalismo. Los movimientos nacionalistas en Cataluña y en el País Vasco», en *La época de la Restauración (1875-1902). Estado, política e islas de*

HISTORIKERSTREIT A LA CATALANA O LA EVASIÓN DEL «CÍRCULO DE HIERRO» NACIONALISTA

Esa vía de renovación de la historiografía catalana quedó abierta a inicios de los años ochenta con la denuncia que un grupo de profesores —entre los que se encontraba Enric Ucelay— hizo del pretendido carácter defensivo, acrítico, mitológico y crecientemente aislacionista de la producción autóctona, que para luchar por su propia especificidad hubo de adoptar una actitud de clara rivalidad con la historiografía española, y se vio forzada a establecer las bases de un pasado histórico tan glorioso y patriótico como el español para legitimar las aspiraciones del catalanismo político. Los firmantes de ese artículo proponían un estudio sin complejos de las especiales relaciones entre la nación catalana y el Estado español, y una profundización en la problemática de la hegemonía social en el seno del nacionalismo catalán³. En su respuesta, los historiadores más afines al nacionalismo consideraron que seguía siendo factible hacer historia catalana en un marco social y geográfico de comprensión que reconociera el proceso de construcción de Cataluña como nación y lo considerara viable. Con todo, aceptaban el diagnóstico del anquilosamiento de los estudios sobre el nacionalismo, y proponían profundizar en la historia de la sociedad catalana a través del análisis de la cultura popular y la vida cotidiana⁴.

La primera fase de la polémica quedó zanjada parcialmente con la publicación en el número 100 de *L'Avenç* (enero 1987) de la conferencia que Pierre Vilar pronunció en el Instituto Francés de Barcelona el 27 de febrero de 1984, donde habló de la empatía necesaria para abordar la historia de un país como Cataluña. En 1988, Borja de Riquer señalaba entre las debilidades conceptuales de los estudios sobre el nacionalismo-regionalismo la prioridad otorgada a lo político-ideológico sobre lo sociocultural, la obsesión esencialista, la ausencia de voluntad comparativa y la evolución autónoma respecto de otras ciencias sociales⁵. En ese momento, el debate sobre las limitaciones del nacionalismo historiográfico se subsumió en otro más amplio y corrosivo que planteaba la crisis «estructural» de la historiografía catalana, cifrada en la creciente separación que se percibía entre los proyectos políticos y la historia académica, que estaba perdiendo el papel dominante que había adquirido en los años sesenta y setenta como instrumento de reconstrucción nacional y de concienciación de los diferentes movimientos sociales.

Ultramar, vol. XXXVI-1 de la *Historia de España Menéndez Pidal*. Madrid: Espasa-Calpe, 2002, pp. 597-610. Este corto artículo fue comentado muy ácidamente en diversos ambientes universitarios por su absoluto desconocimiento de la bibliografía arriba mencionada y su falta de criterio ante el amplio y prolongado debate suscitado sobre la situación de la historiografía catalana, del que daremos cuenta brevemente a continuación.

3. BARCELÓ, M.; RIQUER, B. de y UCELAY DA CAL, E.: «Sobre la historiografía catalana», *L'Avenç*: nº 50, junio 1982, pp. 68-73.

4. BALCELLS, A.; MARTÍ, C. y TERMES, J.: «Història nacional i història social. Problemas de la historiografía sobre el fet nacional català», *L'Avenç*: nº 87, noviembre 1985, pp. 66-77.

5. RIQUER, B. de: «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española», *Historia Social*. nº 7, verano 1990, pp. 105-126 y Juan Pablo FUSI, «Revisionismo crítico e historia nacionalista (A propósito de un artículo de Borja de Riquer)», *ibid.*, pp. 127-134.

La conferencia celebrada en el Centre d'Estudis Històrics i Socials de Girona en diciembre de 1989 (publicada al año siguiente bajo la rúbrica *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*) agudizó la polémica, cuando Ucelay abundó en la tesis del estancamiento de la ciencia histórica catalana, y constató el fracaso de la historiografía nacionalista a la hora de lanzar un mensaje social que sirviera para ampliar el mercado de consumo de estos productos culturales en un contexto de proteccionismo oficial y de sobreproducción que agravaba las dificultades para adaptarse a la «competitividad internacional»⁶. Estas tesis fueron respondidas por Albert Balcells, quien rechazó la identificación de la historia nacional como historia patrioterica y mitificadora, y denunció a su vez que la negativa a definir la historia de Cataluña como historia nacional en aras de una pretendida neutralidad metodológica no era sino otra de las caras de un pretendido «neonacionalismo» español. Propone, en consecuencia, que «el punto de vista conscientemente adoptado sea el del propio país, y no el de los centros de poder que le dominan desde el exterior»⁷.

La última gran polémica historiográfica de la década de los noventa ha logrado trascender el ámbito catalán para plantear la disyuntiva de la identificación entre estados nacionales y «estados exitosos». Los argumentos sobre la «precaria nacionalización española» del siglo XIX expuestos por Borja de Riquer fueron contestados entre otros por Andrés de Blas, quien afirmó la irrelevancia política de las impugnaciones periféricas a la idea nacional española hasta el primer tercio del siglo XX, mientras que Juan Pablo Fusi achacaba la aparición de los nacionalismos periféricos al proceso de reforzamiento de la identidad fruto del desarrollo socioeconómico regional, pero advirtió que la centralización del Estado respondió a criterios burocráticos y administrativos antes que ideológicos o políticos. Juan-Sisinio Pérez Garzón vinculó la problemática construcción del Estado nacional liberal a la desigual construcción de una «nación de propietarios», en especial agrícolas, y José Álvarez Junco demostró que la sinuosa creación del

6. UCELAY DA CAL, E.: «La historiografia dels anys 60 i 70: marxisme, nacionalisme i mercat cultural català», en NADAL, J., RIQUER, B. de; SIMÓN, A., SOBREQÜÉS, J., TERMES, J. y UCELAY-DA CAL, E.: *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*. Girona: Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1990, pp. 53-89. En similar sentido se expresó Borja de RIQUER: «Apogeo y estancamiento de la historiografía contemporánea catalana», *Historia Contemporánea*. nº 7, 1992, pp. 117-134.

7. BALCELLS, A.: «La història de Catalunya i la tesi de la neutralitat nacional», *L'Avenç*. núm. 172, julio-agosto 1993, pp. 58-65. La contraréplica, en el dossier «El fruit de la discòrdia», *L'Avenç*. nº 175, noviembre 1993 (con contribuciones de Pere Anguera, Àngel Duarte, Ricardo García Cárcel, Joaquim Nadal y Borja de Riquer). La respuesta de Balcells, en «Comentaris al dossier 'El fruit de la discòrdia', sobre l'estat de la historiografia catalana», *L'Avenç*. nº 177, enero 1994, pp. 46-48. El libelo anónimo *Henry Ucelay Da Cal i Borja de Riquer; historiadors al servei del nacionalisme espanyol*, aparecido el 18-VII-1993, elevó notablemente el grado de crispación del debate. Todo este enfrentamiento, en BALCELLS, A.: *La Història de Catalunya a debat. Els textos d'una polèmica*. Barcelona: Curial, 1994. Una puesta a punto muy reciente, en GNUU, C. y PÉQUIGNOT, S.: «Historiographie catalane, histoire vive. À propos de quelques ouvrages récents», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 36-1, primavera 2006, pp. 285-306.

Estado liberal español estuvo amparada en la conformación de un nacionalismo de Estado más aparatoso que socialmente movilizador⁸.

En vista del panorama descrito, no ayuno de debates y hostilidades académicas más o menos personalizadas, se necesita un amplio grado de conocimiento (aderezado con la capacidad creativa de formar imágenes significativas y dar sentido a los hechos, que fue como C. Wright Mills definió la «imaginación sociológica»⁹) para abandonar los caminos trillados y ensayar nuevas vías de interpretación de un fenómeno de la trascendencia del nacionalismo catalán. En ello consiste la apuesta de Enric Ucelay: desviarse de la senda de una historiografía nacionalista que por largo tiempo se ha empeñado en mostrar una evolución lineal, progresiva y concorde del movimiento catalanista desde la *Renaixença* hasta nuestros días¹⁰, alzar la cabeza para otear los posibles caminos y bifurcaciones (incluso los atajos, senderos secundarios y vías muertas que abundan en su libro) y mirar al horizonte, en busca de un panorama exterior que otorgue sentido al conjunto. Porque, como denuncia el autor, «se ha retratado a la Lliga exclusivamente en función de la lógica interna catalanista [...] cuando el significado del juego regionalismo/nacionalismo [...] estuvo puesto en su dimensión hispana» (p. 27). Contra el discurso lineal, solipsista y retroalimentado de la historiografía nacionalista más ortodoxa, Ucelay propone lecturas alternativas mucho más amplias y sugerentes, a partir de un vasto conocimiento del ambiente cultural y político de los nacionalismos hispanos (no sólo de los peninsulares) y de las potencialidades del imperialismo como modelo político adaptable a la idiosincrasia y las aspiraciones de estos movimientos identitarios.

A priori, pocos historiadores aparecen tan bien dotados humana y profesionalmente como Ucelay para acometer tal empresa. Su trayectoria personal y científica conjuga el distanciamiento cosmopolita con una plena integración en los grandes debates intelectuales de Cataluña, en los que ha intervenido con aportaciones relevantes en el campo de la historia institucional y social (con sus estudios sobre la Diputación de Barcelona durante la época primorriverista o la juventud catalana en el siglo XX), y de la historia política en su faceta más tradicional (desde el nacimiento y evolución del catalanismo radical a la construcción

8. RIQUER, B. de: «Reflexions entorn de la dèbil nacionalització espanyola del segle XIX», *L'Avenç*, nº 170, mayo 1993, pp. 8-15; «La débil nacionalización española del siglo XX», *Historia Social*, nº 20, 1994, pp. 97-114 y *Escolta, Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*. Madrid: Marcial Pons, 2001; BLAS GUERRERO, A. de: «El problema nacional-regional en la transición», en TEZANOS, J. F., COTARELO, R. y BLAS, A. de (eds.): *La transición democrática española*. Madrid: Sistema, 1989, pp. 587-609; FUSI, J. P.: «La organización territorial del Estado», en FUSI, J. P. (dir.), *España. Autonomías*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989, pp. 13-40 y *España, la evolución de la identidad nacional*. Madrid: Temas de Hoy, 2000, pp. 175 y 213-237; PÉREZ GARZÓN, J.-S.: «La nación, sujeto y objeto del Estado Liberal español», *Leviatán*, nº 75, 1998, pp. 61-80 y «El nacionalismo español en sus orígenes: factores de configuración», en GARCÍA ROVIRA, A. M. (ed.): *España, ¿Nación de naciones?*, dossier de *Ayer*: nº 35, 1999, pp. 53-86 y ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001.

9. WRIGHT MILLS, C.: *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 222.

10. Un ejemplo ya clásico de esta tendencia es la obra coordinada por BALCELLS, A.: *Historia dels Països Catalans, de 1714 a 1975*. Barcelona: Edhasa, 1980, esp. pp. 358-367.

del «mito Macià» o las estrategias violentas durante la República) o en su renovador sesgo cultural, como es el caso del presente ensayo.

El objetivo principal y la tesis de partida de la obra quedan en evidencia desde el primer instante: se trata de abordar el estudio de la interacción establecida entre el catalanismo y el españolismo entre 1885 (año de la presentación del *Memorial de Greuges*) y 1917 (año de la muerte de Prat, de la Asamblea de Parlamentarios y del principio del fin de los grandes Imperios europeos), cuando el primero, a través de un instrumento político de tremenda eficacia a escala regional como fue la *Lliga*, trató de lanzar un nuevo imperialismo hispano, capaz de realizar la «España auténtica y plural» y la unión ibérica a partir de las energías de la sociedad civil catalana. La gran pregunta que se formula a lo largo de la obra es: ¿Fue el nacionalismo catalán una propuesta para un nuevo nacionalismo hispano a través de la realización de ese sueño imperial? Para responder a tan enjundiosa cuestión, Ucelay plantea un estudio «arquitectónico» de la construcción del mito imperialista *lligaire*, pero en la práctica, el propósito —muy *noucentista*, por otra parte— de edificar de forma armónica el constructo intelectual de las teorizaciones imperialistas del catalanismo intersecular se convierte en una auténtica torre de Babel con innumerables meandros y desvíos. Esta obra en ocasiones sinuosa y reiterativa, pero siempre fascinante, ofrece una visión muy completa del ambiente intelectual de fin de siglo en España y el mundo, dando la palabra tanto a las diferentes corrientes del catalanismo como a las del anticatalanismo, con una evidente intención de mostrar su permanente interacción dialéctica.

METÁFORA, JUEGO Y MITO

El utillaje teórico del que se dota el autor para tan proceloso recorrido se extrae de la conjunción de la nueva historia cultural y de la no tan nueva sociología de la acción, de las que toma prestadas las dos principales categorías que orientan su análisis: la *metáfora* y el *juego*. La primera, que aspira a ser teorizada en el capítulo primero como un campo de investigación independiente en el marco de la antropología cultural, podría ser definida como la forma retórica (esto es, el empleo de una palabra, concepto o imagen en un sentido que propiamente no le corresponde, pero que se asigna de forma tácita a la representación figurada) que está en la base de toda apelación política compleja, actuando como el espacio mental (nosotros preferiríamos llamarlo marco interpretativo) necesario para cimentar la ideología que impulsa y justifica la acción. El juego, según la conocida teoría puesta a punto por von Neumann y Morgenstern en 1944, vendría a ser cada una de las estrategias alternativas o contrapuestas de acción, dirigidas a la consecución de un objetivo o un bien político determinados. Según Ucelay, el «imperialismo» catalán sería un buen ejemplo de metáfora política, ya que su inserción en el corpus ideológico nacionalista no se explica sólo por argumentos materiales vinculados a la expansión económica de la burguesía catalana, sino por constituir un recurso retórico cuya difusión venía dictada por estrictas razones de cálculo político. De este modo, el autor apuesta por

separarse tanto del marxismo como del postmodernismo, y aborda en el capítulo segundo un estudio anfibológico y erudito del concepto de «imperio», entendido como «tendencia a dominar moralmente el propio entorno» con el propósito de proporcionar una salida política a las contradicciones nacionalitarias de España (p. 38). Esta apuesta sistemática por el rigor erudito y la neutralidad interpretativa tiene mucho que ver con el desmesurado despliegue de aparato crítico (casi doscientas páginas de notas) y con la adopción de un compromiso permanente con la complejidad interpretativa que, junto con su libérrima opción de tratar las ideas políticas como «metáforas sueltas por el mundo», acentúan el riesgo la arborescencia temática, donde las concatenaciones y las implicaciones de lo que se argumenta pueden extenderse *ad infinitum*.

Creemos, sin embargo, que los conceptos estelares de la obra (la unidad cultural y el imperio), contemplados bajo el artificio retórico de la metáfora, también podrían haberse analizado con provecho bajo el prisma filosófico del *mito*, entendido éste como historia o fábula simbólica con valor prescriptivo y paradigmático, que ilumina un número ilimitado de situaciones más o menos análogas a partir de un acontecimiento histórico fundacional. Los mitos políticos acostumbran a ser narraciones, leyendas o «hechos» históricos remotos bastante estables en su artificialidad, que ayudan a forjar una cultura colectiva y proporcionan legitimidad al poder que se detenta o que se aspira a conquistar. Según Reszler, los mitos políticos puede tener una lectura revolucionaria (de naturaleza frecuentemente apocalíptica y escatológica, como sería el caso del «imperio») o fundacional (cuando sientan las bases de una comunidad política), y que en la época histórica que nos ocupa han acostumbrado a tener un carácter colectivo, centrado en los rasgos excepcionales de una élite, un partido, una clase social, un pueblo, una raza o una comunidad. Un buen ejemplo de mito fundacional sería la afirmación apriorística de la «unidad cultural» de Cataluña¹¹.

LA FORJA DE LA «COMUNIDAD PERFECTA» Y EL «SALTO» HACIA EL IMPERIO

Según Ucelay, la base del entramado teórico imperialista urdido por la *Lliga* era la afirmación de que Cataluña era una «unidad cultural» homogénea, lo que a la vez implicaba todo un programa político: se trataba de obtener la hegemonía cultural dentro de Cataluña como paso previo a impulsar la conquista moral, regionalizadora, del Estado español. La parte estrictamente histórica del ensayo parte de la premisa de la existencia de Cataluña como sociedad civil con un denso tejido asociativo de raigambre familiar en contraposición a un Estado centralista débil e inoperante. Con el objeto de ilustrar esta afirmación, el autor hace

11. RESZLER, A.: *Mythes politiques modernes*. París: PUF, 1981, pp. 209-212. Sobre el carácter artificial de los nuevos mitos políticos, ver CASSIRER, E.: *The Myth of the State*. New Haven: Yale University Press, 1946, p. 282. Como es bien sabido, el estudio del imaginario político de carácter mítico se fundamenta en buena parte en los escritos de Mircea Eliade, Claude Lévy-Strauss y Georges Dumézil. Ver GIRARDET, R.: *Mythes et mythologies politiques*. París Seuil: 1986.

interesantes esbozos sociológicos y antropológicos del despliegue sociocultural del catalanismo, como el análisis un pretendido «estilo catalán de vida» (capítulo 7) centrado en las bondades del éxito personal y de la participación en la sociedad civil. Pero la carga probatoria de la afirmación unitarista recae en el despliegue de un relato «en espiral» donde se describe la progresiva maduración de las tesis nacionalistas-regionalistas: de Prat de la Riba a partir de Almirall, de d'Ors a partir de Prat y de la campaña de la *Greater Spain* de la *Lliga* a partir de la estrategia político-cultural implementada por Cambó y D'Ors.

En la segunda parte de la obra se hace un repaso de los precursores ideológicos del catalanismo: frente al *revival* historicista de los derechos catalano-aragoneses en el seno de la Monarquía impulsado por Víctor Balaguer, Valentí Almirall partió del concepto de *self-government* entendido como respeto del particularismo de la sociedad civil con valor político en sí mismo, con sus propios derechos y libertades no reducibles a términos individuales. Pero en lugar de concebir a España como un Estado compuesto o como una confederación de Estados, al estilo del republicanismo federalizante, Almirall acabaría sirviendo al propósito de un Estado dual.

A decir de Ucelay, el gran hallazgo de Prat de la Riba en su obra *La nacionalitat catalana* (1906) fue reivindicar la identidad histórica de la sociedad civil catalana por encima tanto de los derechos individuales defendidos por el federalista orgánico Almirall como de la hegemonía espiritual de la Iglesia católica defendida desde el sesgo integrista por el obispo Torras y Bages (véase capítulo 10). A esta singular mixtura de ingredientes arcaicos y modernos (donde Ucelay destaca las ambiguas relaciones con el neomonarquismo regionalista maurrasiano y con el nacionalismo barresiano antiparlamentario, cesarista y demasiado hispanófilo) Prat habría añadido unas gotas de individualismo social angloamericano extraído de los cantos a la superioridad heroica realizados por Carlyle o Emerson, que tuvieron una de sus personificaciones más logradas en la figura de Theodore Roosevelt. Con sus amplias resonancias empresariales, el ideal colectivo de *self-confidence* pudo convertirse así en el reclamo del *self-government*.

Partiendo de esa unidad cultural, planteada como axiomática por Prat, la sociedad civil catalana podía confundirse directamente con la nación. Además, al concebir el Estado como el «imperio de la sociedad civil» (en un sentido muy cercano al formulado con posterioridad por Habermas), cuya misión era promover la heterogeneización frente a la uniformización, el ideólogo del catalanismo logró plantear una duradera querrela teórica y práctica entre la robusta sociedad civil del Principado y un Estado español juzgado débil, arcaico e ineficaz.

La nación catalana era, pues, para Prat un todo orgánico y una comunidad perfecta, pero faltaba insertarla de la forma más cómoda posible en el contexto político español para garantizar su viabilidad política. En el planteamiento de Prat, el nacionalismo catalán tendría cabida en el Estado bajo la fórmula del imperio, forma superior de Estado y a la vez nación de naciones (p. 130). Se trata de redibujar el Estado español bajo tal metáfora, que se planteaba como alternativa al Estado liberal centralista. Para Prat, Cataluña sería imperialista dentro de su

espacio cultural, pero dentro de una España nuevamente imperial; sería, en definitiva, «*imperium in imperio*» (p. 204). Con el despliegue de esta metáfora imperial aglutinadora, el catalanismo mostraba que poseía un concepto de Estado superior al de la Restauración, ya que podía absorber las ideas particularistas existentes, como el federalismo, el regionalismo y el foralismo, y darlas una nueva urdimbre política, a través de la conversión del Estado liberal español en un Imperio mediante una sucesiva proyección hacia afuera: de Cataluña hacia España y de ésta hacia Portugal, América Latina y el mundo.

En la práctica, como advierte Ucelay con un saludable cinismo desmitificador, el imperio era «una formulación que no comprometía a gran cosa, que sonaba muy bien y que paradójicamente era la traslación del afán colectivo catalán de autorrealización a un plano de discusión a la vez original, aparentemente práctico (en su tiempo) y muy abstracto» (p. 46). Prat lanzó la metáfora compuesta de la unidad cultural y el imperialismo con el objeto de resolver la contradicción estructural de la *Lliga*: la ambigüedad entre regionalismo y nacionalismo (p. 791), ya que —asevera el autor— la fórmula política predominante del catalanismo no ha sido el independentismo, sino la defensa de la identidad colectiva nacional en el seno del Estado, basándose en la territorialidad y eludiendo pronunciarse sobre el contenido institucional monárquico o republicano del mismo (p. 88). Lo curioso es que, con el tiempo, las metáforas de la «unidad cultural» y el «imperio» pudieron ser acogidas desde una perspectiva netamente españolista, con efectos sorprendentes (el caso del fascismo que se contempla en la conclusión, y al que aludiremos más adelante).

MODELOS DE SUEÑO IMPERIAL

La difusión del «imperialismo» de la *Lliga* la hace homologable con otros movimientos pannacionales de fines de siglo. De hecho, la ideología catalanista estuvo permanentemente unida a la idea de «imperio», aunque siempre toleró una confusa mixtura entre el imperialismo cultural de signo «pancatalanista» (la reivindicación de la unidad cultural de los *Països Catalans*) y las propuestas políticas confederales y/o federales de signo monárquico para España (p. 185), como sucedió ya en el *Memorial de Greuges* cuando saltaron a la palestra dos opciones: la federal o la imperial dual según el modelo austrohúngaro.

A tenor de lo que se muestra en el capítulo 13, existía entonces la idea bastante generalizada de que los imperios plurinacionales de carácter monárquico que se constituyeron en los años 50-60 del siglo XIX (tanto el federalismo monárquico alemán y austrohúngaro como el modelo confederativo anglosajón), que garantizaban el equilibrio entre centralización y autonomía, eran la fórmula macropolítica del futuro, o el puente hacia estructuras micropolíticas menores, gracias al respeto con que trataban las diversas tradiciones e intereses locales. De este modo, los modelos austrohúngaro, alemán e inglés se convirtieron, a juicio de Ucelay, en un modelo conjunto y sucesivo. El dualismo imperial austrohúngaro era el laboratorio natural para todos los que se interesaban por soluciones

prácticas para las «naciones sin Estado» o para los nacionalismos sin salida institucional clara en modelos políticos centralistas. El replanteamiento radical de la estructura estatal española desde 1880 hasta inicios del siglo XX se habría centrado en ese modelo (p. 63). Luego, el catalanismo se inspiró en el nacionalismo checo, que era partidario de transformar la Monarquía dual en una federación, pero las ulteriores escisiones de otras Monarquías duales (Países Bajos-Luxemburgo en 1890 y Suecia-Noruega en 1907) vinieron a advertir de la fragilidad de estas uniones confederales.

La atención se dirigió entonces a la fórmula federalista monárquica unificadora de Alemania, que a inicios de siglo centraba toda la admiración y la fascinación de los observadores por representar el éxito del nacionalismo estatal (p. 497). Pero a diferencia de Austria-Hungría, el *Reich* no era una confederación de hecho, sino una federación con fuertes pulsiones centralizadoras, que, en la perspectiva catalanista, debían ser corregidas. En el debate respecto de la soberanía de los estados miembros o la soberanía exclusiva del Estado federal, la estrategia adecuada para el catalanismo *lligaire* era asegurar la visión dual, y luego la división regional de la parte española para hacer disminuir el poder castellano en el Estado y permitir la hegemonía de Cataluña (p. 509). La mejor solución sería, en suma, propiciar una sabia atribución de papeles: Castilla mantendría, como Prusia, el protagonismo militar, mientras que Cataluña, como Baviera, se convertiría en el gran dinamizador cultural y político de la nueva federación.

A medio camino entre el carácter confederal austrohúngaro y el federalizante centralizador alemán estaba el proyecto imperial civilista liderado por Gran Bretaña, que garantizaba la autonomía de cada dominio dentro de un modelo aparentemente armónico. A diferencia de su inclinación hacia las visiones particularistas checa y bávara, el catalanismo moderado pasó de la temática filoirlandesa a una declarada admiración por la idea imperial británica, cuya deliberada ambigüedad legal hacía innecesario el ejercicio del derecho de autodeterminación (p. 522).

Sin embargo, en la difícil coyuntura de la primera posguerra mundial, que trajo el ocaso de los imperios multinacionales y multilingües, los imaginarios imperiales forjados por la *Lliga* pasaron abruptamente a quedar *demodés*, y a ser sustituidos por la prédica antiimperialista y los reclamos del derecho a la autodeterminación según los programas leninista o wilsonista. El catalanismo radical asumió las tesis del antiimperialismo, mientras la *Lliga* era acusada de defender una postura cada vez más regresiva. Aunque nunca existió una dicotomía clara entre el nacionalismo imperialista y el de liberación nacional, ya que en el seno de la *Lliga* convivieron inestablemente ambas tendencias, el catalanismo de izquierda, identificado con el antiimperialismo, estuvo mejor preparado para liderar el cambio cultural y político posterior a 1918, ya que para ese entonces estaba sustituyendo el tema del imperio por el de la república como proyecto de unidad hispana bajo nuevas premisas democráticas y descentralizadoras. Además, el otro gran referente metafórico *lligaire* (la hegemonía y unidad de la sociedad civil catalana) también quedó seriamente dañado en la posguerra por el relanzamiento de la lucha de clases y la paulatina implantación de corporativismos rivales y

excluyentes de naturaleza obrera, empresarial o militar, en un conflicto ascendente que encontró su desembocadura «natural» en la Dictadura.

LAS IMPLICACIONES CÍVICAS E IMPERIALES DEL MEDITERRANEÍSMO *NOUCENTISTA*

La difusión de este mensaje unitarista e imperialista se efectuó por medio de la acción cultural y política, entendidas como un todo indisociable y retroalimentado, hasta poderse hablar de que la política cultural del catalanismo fue forjando la cultura política del mismo. Ahí, en las partes tercera y cuarta de su obra, Ucelay da voz a un abigarrado elenco de autores, desde *mosén Cinto* Verdaguer, que construyó una épica imperial mediante la apropiación simbólica de la gesta colombina en su *Atlántida*, hasta el intervencionismo maragalliano o el evasivo racismo catalán de Pompeu Gener, aunque la preocupación cultural siempre predominó sobre cualquier argumento biologizante, que acabaría prendiendo ocasionalmente sobre todo entre los catalanistas más radicales.

Pero por encima de estas grandes personalidades descolla la de Eugeni D'Ors, auténtico catalizador intelectual del imperialismo catalán, al que se dedican dos enjundiosos capítulos al final de la cuarta parte. Apoyado en el civismo maragalliano, pero sobre todo en el mediterraneísmo maurrasiano transido de clasicismo romano (pero también de neomonarquismo y de xenofobia, lo que se refleja en la propuesta segregacionista de D'Ors como recurso de autodefensa cultural) y el nacionalismo italiano de inicios de siglo (también comprometido en forjar una relación entre imperialismo proyectivo y sociedad civil), el discurso orsiano de civilización y ascenso espiritual resultaba muy maleable a las circunstancias políticas y culturales del momento como demostró tras su famosa «defenestración» al ejecutar sin rebozo la pirueta intelectual desde la «unidad cultural» catalana a la abstracta «unidad de las culturas».

En todo caso, la avasalladora presencia del «intelectual orgánico» orsiano nos dice mucho acerca del papel pedagógico que jugaron los grandes movimientos culturales de la época en la decantación del imaginario político catalanista. Sin embargo, sólo unas pocas páginas del capítulo 12, dedicado a analizar la «reinvención de la unidad nacional mediante la imagen artística», abordan el impacto estético de estas corrientes en el imaginario político catalán. Tampoco se valora adecuadamente, a nuestro juicio, la importancia que el mediterraneísmo tuvo en la formulación simbólica del proyecto *lligaire*.

No cabe duda de que el modernismo y el *noucentisme* fueron una réplica (exótica e intuitiva en el primero, cosmopolita y racionalizadora en el segundo) a las circunstancias de orden internacional y doméstico que condicionaban y limitaban el renacer catalán. La visión del Mediterráneo que se fue elaborando en Cataluña en el cambio de siglo resulta indisociable de un «proyecto de país» cuyas implicaciones políticas y culturales resultan evidentes. En un sentido amplio, el *noucentisme* fue la gran aportación, netamente catalana (pero coincidente con la generación europeísta de los Ortega o Azaña en el área castellana), a la apuesta modernizadora de los países del Mediterráneo Occidental europeo, que soñaban

con recuperar el retraso regional que les separaba del todopoderoso Noroeste atlántico, tecnológico e imperialista¹². Como reformulación neoclásica de la cultura vinculada al Mediterráneo, el *noucentisme* trató de alcanzar un equilibrio entre la adopción de valores técnicos y políticos anglosajones y la asunción consciente de valores meridionales en la educación, la cultura y la búsqueda de la calidad de vida en las ciudades.

El idealismo inspirado en el clasicismo mediterráneo impregnó de forma inmediata el sentido de civilidad que era la fuente de vida del catalanismo. Frente al individualismo anglosajón tan caro a Prat o la alienación de los súbditos de las Monarquías de Europa meridional, se postuló el imperativo ético de un nuevo prototipo del ciudadano, que, a mitad de camino entre en el *demos* griego y el polifacético hombre renacentista, fuese también un híbrido entre político, intelectual y profesional, que valorase tanto el trabajo bien hecho como la sensatez (*seny*) y la mesura. Aunque a través del *noucentisme* el catalanismo trató de superar su fase meramente urbana y su preocupación exclusiva por el sector privado y la sociedad civil, subrayando su ambición de ejercer el poder en un ámbito regional, más allá de Barcelona (p. 482), no cabe menospreciar el peso específico de la imagen de la urbe como cuna de esa civilidad, tomando como modelo el ágora de la Grecia clásica y la ciudad-Estado renacentista. La teorización de la idea de ciudad en un sentido estético-cultural fue uno de los temas más cultivados por la publicística noucentista: Jaume Bofill i Mates, Carles Riba, Josep Carner, Josep Pijoan y, en especial D'Ors¹³. Para *Xènius*, la ciudad es una «persona política viviente» y una «soberana creación artística», ámbito de integración social del individuo y base de la reconstrucción nacional catalana que debía de comenzar en la ciudad-república y culminar en el Imperio mediterráneo. Una ciudad equiparable al Estado, entidad viva, divina, cuna de la civilización. En ese aspecto, y a pesar de las abundantes alusiones presentes a lo largo del libro (sobre todo en el capítulo 8), hubiera sido interesante un análisis más sistemático del papel simbólico de esa Barcelona que se autorrepresentaba como encarnación señera de la sociedad civil, cuyos más conspicuos intelectuales identificaban la emigración con el peligro de destrucción de la pedagogía social y cívica del catalanismo, que se soñaba como «nueva Atenas» y que acabó por transformarse a fines de la primera década de siglo en «rosa de fuego» y a fines de la segunda en «Meca del pistolero» y laboratorio del militarismo hispano. De todas formas, el texto de Ucelay aporta suficientes elementos (sobre todo en la percepción del *fet català* más allá del Ebro) para determinar la dinámica capitalina catalana y constatar los tópicos de la rivalidad entre Madrid y Barcelona como «anticentro» natural de la vida española, catalizador y foco de protesta de los autonomistas y regionalistas periféricos desde finales de siglo.

12. CASASSAS, J.: «Les bases inicials de la democratització de la societat catalana», en GABRIEL, P., (ed.). *Història de la cultura catalana. vol. VII. El Noucentisme, 1906-1918*. Barcelona: Edicions 62, 1997, p. 39.

13. Sobre el mito noucentista de la ciudad como *polis* clásica, vid. MARFANY, J.-LL.: «El naixement del mite noucentista de ciutat», en *Noucentisme i ciutat. Col.loqui*. Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona/Electa, 1994, pp. 33-44.

Como acabamos de señalar, quizás la obra de Ucelay no preste la atención debida a lo que, a nuestro juicio, fue la plasmación intelectual más acabada del proyecto «imperialista» de la *Lliga*: el mediterraneísmo. El interés práctico por el Mediterráneo apareció con fuerza en la vida pública catalana desde 1911, con la recuperación política de la *Lliga* y la reaparición del tema mediterráneo colonial entre los intelectuales italianos (sobre todo los nacionalistas) a raíz de la penetración en Tripolitania. Los africanistas ligados al Fomento del Trabajo Nacional postularon una política expansiva mediterránea que diese la réplica a la perniciosa intervención militar en el Rif patrocinada por el Gobierno central, y a tal fin establecieron contacto con mauristas como Gonzalo de Reparaz o Cesar Silió¹⁴. El más conspicuo representante de esta tendencia fue Rafael Gay de Montellá (1882-1969), *lligaire* en su juventud, muy vinculado a Cambó, que a lo largo de casi cuatro décadas dio a la luz sucesivas síntesis sobre los condicionantes históricos, económicos y estratégicos de la situación política en el Mediterráneo, y el papel a jugar por España¹⁵. La orientación expansiva no fue siquiera una postura conculde en el seno de la *Lliga*, ya que en la discusión de Discurso de la Corona, el 11 de mayo de 1914, el diputado catalanista Felipe Rodés abogó por revisar los tratados y abandonar la acción en el Norte de África, mientras que su jefe de filas Francesc Cambó advertía que ello conllevaría la ruptura del equilibrio mediterráneo, que «consagra la plena soberanía de España en sus fronteras, salva nuestro presente, nuestra actualidad como nación independiente y libre; pero, además, nos abre un porvenir para cuando sea, para cuando podamos, en el Norte de África»¹⁶. Con todo, Ucelay brinda argumentos que permitirían aseverar que Cambó (más hispanista que africanista, y partidario de una expansión netamente comercial y cultural) no compartía el optimismo africanista de Prat con el mismo entusiasmo que D'Ors.

Cabe formular la hipótesis de que el mediterraneísmo *noucentista* resultó ser, más que otra cosa, un programa reaccionario vestido de modernidad; una actitud nostálgica de seguridad, de retorno a la *casa pairal* grecorromana, desplegada por la burguesía catalana para mantener su equilibrio emocional ante las incertidumbres de la política interior española y las tensiones que dominaban de la escena internacional. Ese *mediterranisme* de resonancias griegas, romanas o de las viejas glorias catalanas no fue sino la coartada ambiental, paisajística, con la que replantear en términos ideales y simbólicos la contraposición Norte-Sur, y dar cobertura intelectual al programa de reactivación nacional liderado por el

14. CASASSAS, J.: *El catalanisme i la Mediterrània*, documento dactilografiado depositado en Institut Català d'Estudis Mediterranis, Catdoc 6912 (6M) ACCN 6708, p. 18.

15. GAY DE MONTELLÀ, R.: *España ante el problema del Mediterráneo*. Barcelona: Bloud y Gay, eds., 1917; *Catalunya, nació mediterrània (Assaig sobre la formació històrica de la nostra cultura)*. Barcelona: Impta. Aleu, Domingo y Cia., 1933; *Mediterranismo y atlantismo. Tres ensayos*. Barcelona: Ed. Juventud, 1943 y *Valoración hispánica en el Mediterráneo. Estudios de política internacional*. Madrid: Espasa-Calpe, 1952.

16. Discurso de Cambó el 11-V-1914, cit. por GAY DE MONTELLÀ: *España ante el problema del Mediterráneo*, pp. 204-210.

catalanismo político. Es más, por su voluntad deliberada de vincular mediterraneísmo, clasicismo y nacionalismo expansivo, y la voluntad de construcción de una superestructura mediterránea basada en la idea de un hombre mediterráneo portador de valores eternos, algunos autores califican el *noucentisme* como el programa estético de un abortado prefascismo o parafascismo catalán que aún está por estudiarse en toda su amplitud¹⁷.

LUCES Y SOMBRAS DEL PROYECTO CAMBONIANO DE «L'ESPANYA GRAN»

En el «segundo frente» de la acción catalanista —la política—, la *Lliga*, surgida en 1901 bajo influencia de las ligas imperialistas británicas y de las *ligues patriotiques* francesas, planteó dos estrategias complementarias: la politización de la nación a partir del control del poder local y provincial hasta la institucionalización de un embrión de autogobierno con la *Mancomunitat* de 1911, y la prédica imperial en el resto de España según el proyecto esbozado en el famoso noveno capítulo de *La nacionalitat catalana*. Ello se tradujo en la práctica en el intento de «conquista hispánica» a través de la organización de distintas «solidaridades» regionales, hasta la formación de un gran movimiento regenerador de alcance transregional y con voluntad intervencionista en el exterior. En el reparto de papeles asumido tácitamente en el seno de la *Lliga*, Cambó se adjudicó el rol de agente de la proyección hispánica del catalanismo (*Catalunya enfora*), frente a la *Catalunya endins* de Prat. Cambó fue el factotum que trató de combinar las aspiraciones catalanistas a través de una estrategia de actuación en la política española basada en la vinculación intelectual con el medio madrileño a través de relaciones con intelectuales y la negociación política con el Gobierno en el seno del Parlamento (ver capítulo 18), mientras que la ideología, el proyecto cultural interior y la política local eran cosa de Prat.

En el capítulo 19, Ucelay hace una interpretación muy provocativa de la campaña «Por Cataluña y la España Grande» de 1916-18 analizándola bajo los parámetros de una oferta publicitaria desplegada en un mercado reducido pero muy competitivo como era el catalán. El manifiesto de Prat de la Riba y la *Festa de la Unitat* de mayo de 1916 marcaron el clímax ideológico de la *Lliga*, y el resumen y síntesis de toda su elaboración ideológica imperialista. Pero si la «publicidad» *lligaire* sobre la unidad cultural del país ha ratificado su éxito con su supervivencia secular, impregnando la cultura cívica catalana hasta la actualidad, la estrategia de «conquista del Estado» basada en la oferta programática a la opinión pública española de una solución imperial resultó un fracaso rotundo, ya que, en el resto del Estado, el debate intelectual, que Ucelay describe como lucha entre

17. BOHIGAS, O.: «Catalunya y la mediterraneidad», en INSTITUTO DE CIENCIAS DEL HOMBRE, *Creatividad mediterránea*. Madrid: instituto de Ciencias del Hombre, 1983, pp. 77-78 y VÁZQUEZ MONTALBÁN, M.: «La Mediterrània invertebrada», en SAN MARTÍN, A., (ed.): *La Mediterrània: realitat o metàfora*. Valencia: Ajuntament de Gandía/Universitat de València, 1993, p. 69.

utopismos en proceso de conversión en nacionalismos alternativos y mutuamente excluyentes (p. 623), no mostró permeabilidad al mensaje imperialista catalán. Vistos los pobres resultados obtenidos, no es de extrañar que, en su postrera revisión historiográfica del papel histórico de la *Lliga*, Ucelay critique la desproporción entre el proyecto imperialista propuesto y los medios concretos para realizarlo.

¿Y EN ESPAÑA?

En cierta medida, a través de las desmesuradas reacciones españolistas al proyecto imperialista catalán (desde Romero Robledo a Vicente Gay, Manuel Bueno o Antonio Royo Villanova), que Ucelay describe en los capítulos 8, 11 y 17, se dibuja a grandes trazos un nacionalismo español que transitó apresuradamente desde el nacionalismo institucional liberal decimonónico hasta el patriotismo comunitarista, identitario y retrógrado tras la Guerra de Cuba, que influyó tanto en el plasmación del proyecto nacional-imperialista español como en el surgimiento de los planteamientos autodeterministas de las regiones periféricas. En el transcurso de la crisis del 98 el regeneracionismo español, al no encontrar en suelo patrio vestigio alguno de sociedad civil, habría buscado refugio en el populismo (caso de Costa) o en un esencialismo nacionalista (caso de Ganivet) vinculado más o menos estrechamente a un recreado mito castellanista, como en los casos de Unamuno o de Azorín. Sin embargo, todos ellos asignaron a Cataluña un papel fundamental en la regeneración de España¹⁸.

En su afán de confrontar dialécticamente españolismo con catalanismo, Ucelay destaca la apuesta del nacionalismo español de izquierda o de derecha por situar al Estado sobre la sociedad civil como instrumento de transformación activa, radical y completa, al revés que el catalanismo. Esta identificación del nacionalismo español con la falta de articulación de la ciudadanía es, evidentemente, una distorsión deliberadamente buscada para realzar la confrontación simbólica entre Cataluña y España/Castilla, ya que olvida o minusvalora las apelaciones realizadas en ese sentido por movimientos no tan retrógrados y centralistas como las tendencias republicanas de izquierda (incluido el primer lerroujismo) o el maurismo¹⁹. Además, sentada la premisa de un nacionalismo español fundamentalmente reactivo, ¿cómo se puede hablar dar pábulo a la voluntad de ampliar los horizontes imperiales hispanos en la primera década del siglo? Aunque en el capítulo 17 se hace un repaso sumario del pannacionalismo de cuño romántico al panhispanismo, el hispanoamericanismo, el africanismo o incluso el filosefardismo, el asunto no parece dar para mucho en comparación con el agresivo expansionismo presente en otras latitudes.

18. SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons, 2003, pp. 79-80.

19. Véanse DE BLAS, A.: *Tradición republicana y nacionalismo español*. Madrid: Tecnos, 1991, pp. 111-120 y GONZÁLEZ, M. J.: *El universo conservador de Antonio Maura*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997, pp. 159-167.

En el muy denso capítulo final, Ucelay nos depara una última «sorpresa»: el fascismo español habría bebido de fuentes catalanistas en su propuesta de afirmación imperial. Las ideas unificadoras habrían llegado al falangismo vía D'Ors, en relación profesoral con José Antonio Primo de Rivera, y vía Cambó, mecenas de Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma en el transcurso de su campaña «por la concordia» impulsada a fines de la Monarquía²⁰. En especial, la idea de «comunidad de destino» habría sido inspirada a los falangistas por los catalanistas por vía nada menos que del austromarxismo (p. 534), sin reparar demasiado en el posible eco que tuvo la idea de «plebiscito cotidiano» de Renan en la maduración de la idea de nación como comunidad y empresa desarrollada por Ortega (uno de los grandes inspiradores intelectuales del fascismo hispano) en *La rebelión de las masas*. En todo caso, el nacionalismo palingenésico, secular y revolucionario de Falange, contrapuesto a la concepción nacionalista romántica de la nación, se propuso la superación todo tipo de particularismo (exaltando la radical comunión entre «los hombres y las tierras de España») mediante el logro de la «unidad desde lo universal», y por esas mismas razones hizo una apuesta explícita por el imperialismo²¹. Pero la dependencia entre el mito falangista del imperio y el imperialismo catalán —más allá de ocasionales relaciones personales y coincidencias temáticas— resulta bastante cuestionable.

El imperialismo catalán es una obra desmesurada desde cualquier punto de vista: en su extensión, erudición, ambición y afán provocativo. Con su enorme capacidad para recoger influencias metafóricas en los más variados contextos históricos, políticos y geográficos, y para integrarlas en su discurso sobre la evolución ideológica del nacionalismo *lligaire*, Enric Ucelay ha abierto de par en par las puertas para un debate sin complejos sobre la naturaleza y vicisitudes de la relación moral entre Cataluña y España. Este es el gran mérito de una gran obra que este artículo ha tratado —a duras penas, hemos de confesarlo— de sintetizar y sistematizar.

20. Véase su artículo «Vanguardia, fascismo y la interacción entre el nacionalismo español y catalán: el proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en los círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933», en BERAMENDI, J. G. y MAÍZ, R. (comps.): *Los nacionalismos en la España de la II República*. Madrid: Siglo XXI, 1991, pp. 39-95.

21. SAZ: *España contra España*. pp. 148-149, quien no menciona en absoluto a Cambó y sólo circunstancialmente a Prat, aunque sí a D'Ors en su doble influencia sobre el nacionalismo español católico-reaccionario y en su vertiente más sindicalista y soreliana, sobre el fascismo español (pp. 82-83).